

## Historia de la Casa de Córdoba

Historia de la Casa de Córdoba

marero del Rey y Tenedor de los Alcázares nuevo y viejo de la Ciudad de Jaén por su Alteza, y Diego de Iranzo, Comendador de Montijón, hermano del Condestable, y para abonar su partido con mostrar seguían siempre la razón y justicia.

Luego, el año siguiente de 1474, enviaron el Conde y Martín Alonso a dar la obediencia y jurar por Príncipes herederos y sucesores en estos reinos a los muy esclarecidos Príncipes Don Fernando y Doña Isabel, para que dieron su poder a Martín de Toledo, criado de la Casa del Conde, y el tenor de Martín Alonso es así:

“Conocida cosa sea y quantos la presente vieren como yo, Martín Alfonso de Montemayor, Señor de las Villas de Alcántara y Montoro, otorgo, e conozco que do e otorgo todo mi poder, cumplido, libre e llano, según que yo l he, e según que mejor e más cumplidamente lo puedo e debo dar, e otorgar, e de derecho más puede e debe valer para el caso infrascrito a vos, Martín Anes de Toledo, criado y caballero de la Casa del Conde de Cabra, Señor de la Villa de Baena, al mostrador de esta carta, especialmente para que por mí, o en mi nombre, podades facer, e escribir para Príncipes de estos Reinos de Castilla e de León, a los muy excelentes y esclarecidos Don Fernando e Doña Isabel, para que podades, por mí, e en mi nombre, que los abré, e terné, e estaré, serviré, obedeceré, e acataré, e honraré, aora, e de aquí adelante, en todo tiempo que sea, como Príncipes destos dichos Reinos e Señoríos, assi en los días e Vida del mui alto e mui poderoso Señor el Rey Don Henrique, como después de los días de Su Alteza, por Rey e por Reina de estos dichos Reinos e Señoríos a la dicha Señora Princesa, como a fija legitima heredera del mui alto y poderoso Señor el Señor Rey Don Juan, de loable memoria, que aya Santo Paraiso, heredera e legitima sucesora e propietaria de dichos Reinos e Señoríos, jurada con anterioridad del legado de nuestro Santo Padre, que tenía delegado alátere de Su Santidad, e jurada por el dicho Señor Rey Don Henrique su hermano, e por los preladados e grandes Señores y Procuradores de las Ciudades, Villas e Lugares de los dichos Reinos e Señoríos, e al mui alto Principe y muy poderoso Principe Don Fernando, como marido de la mui esclarecida y excelente Señora Princesa, y para que cerca de esto susodicho, e cada una cosa, e cada parte de ello, podades hacer e fagades en mi ánima cualquier juramento e solemnidad que cumpliese de se facer, e asimismo, en mi nombre, facer cualquier pleito e homenaje que de derecho facer se deba e al caso convenga, e cualquiera juramento e homenaje, que por mí e en mi nombre, e en mi ánima ficiésedes juredes e prometieredes aquel mes-

mo fago e prometo como si yo mesmo lo jurara e prometiese se presente, siendo e cuan cumplido poder bastante yo hé, e tengo, para todo lo que dicho es a cada una cosa e parte de ella, e tal e tan cumplido e ese mismo vos otorgo e traspaso con todas sus incidencias e mergencias e anexidades e conexidades, e todo lo a ello anejo e dependiente, e para estar e haber por firme, rato e grato, estable e valedero todo cuanto en esta carta es contenido, e cada cosa e parte de ella obligo mis bienes en firmeza de lo que vos mando dar esta Carta de poder firmada de mi nombre en que mande poner el sello de mis armas, la cual otorgué ante Escribano público de iuso scripto, que fué fecha en dicha mi Villa de Alcaudete a 26 días del mes de Marzo año del Nacimiento de Nuestro Señor e Salvador Jesuchristo de 1464 años. Testigos que fueron presentes al otorgamiento de esta Carta e vieron en ella firmar su nombre a dicho Señor Martín Alfonso, el Alcaide Diego de Frias, e Alfón Díaz, contador de dicho Señor Martín Alfonso, e Diego de Cervantes. Martín Alfonso. Más abajo está el sello en escudo partido en pal, al lado derecho las bandas de los Córdobas, y al izquierdo las de los Ponces de León, orla de escudetes de lo mismo y letras alrededor, y la fecha del otorgamiento por Fernando Díaz de Andújar, escribano y Notario del Rey Público.

Tal estado tenían las cosas en Andalucía, cuando Dios fué servido llevarse en Madrid al Rey Don Enrique a 11 de Diciembre de 1474, por cuya muerte sucedieron entonces estos Reinos los católicos Príncipes y Reyes Doña Isabel y Don Fernando como su marido, aunque no sin contradicción de algunos grandes señores que por particulares intereses siguieron la voz de Doña Juana la excelente, afirmando ser hija y por el consiguiente debe ser heredera del Rey Don Enrique difunto y tratando de casarla con el Rey de Portugal obligaron a este rey a que, tomando título de Castilla y León, entrase con ejército en estos reinos y se hiciese Señor de algunas ciudades de él, hasta que fué vencido en la batalla de Toro por el Rey Católico, como queda referido arriba, mas esto fué después.

Siguió el Andalucía toda y los grandes señores della bajo de los Reyes Católicos, menos la casa de Ureña, que en poco tiempo acudió a la voluntad de su primo el Marqués de Villena, y don Alonso de Aguilar que, como cuñado del Marqués, se temió fuese de su opinión, si bien nunca quiso declararse, como tampoco el Marqués de Cádiz, el Conde de Cabra, y su hijo el Mariscal, y su yerno Martín Alfonso, muy declarados servidores de los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, con las

armas en la mano, atendían a procurar su servicio y defender la tierra de las invasiones del Maestre de Calatrava y del Conde de Ureña, haciéndoles guerra en las suyas, y resistir a Don Alonso si se declaraba por la opinión contraria.

Pero, vencido en la batalla de Toro el Rey de Portugal y reducidos al servicio de los Reyes Católicos, los más de los Grandes que seguían Sus Altezas para componer las cosas de Andalucía, vinieron a Sevilla, donde el Conde de Cabra con sus hijos, Don Diego el Mariscal y Don Sancho, y su nuera Doña María de Mendoza, fué a besarles las manos acompañado de Martín Alfonso su yerno, y recibidos todos y acariciados de los Reyes como lo merecían sus mejores servicios, con que volvieron alegres y satisfechos a sus casas.

Estuvo en la suya Martín Alfonso hasta que comenzada la conquista del Reino de Granada, dando ocasión a ella las infidelidades de los moros, que en tiempo de treguas y sobre seguro, asaltaron y entraron la Villa de Zahara, cautivando todos los cristianos de ella, daño que se compensó con ganarles la fuerte Ciudad de Alhama, Cámara de sus Reyes, sucesos del año 1482 y preso al siguiente de 83 en batalla campal Muley Buabdali, Rey de Granada (a quien llamaron el Chico) por el segundo Conde de Cabra y Alcaide de los Donceles.

Determinó el Rey Católico entrar a talar la Vega de Granada el mismo año y para este efecto hizo llamamiento general a los Señores, Ciudades y Villas de estos Reinos que acudiesen con la gente que tenían obligación de dar y así con la suya sirvió Martín Alfonso y fue ganada por combate Jaxara, hecha la tala en la Vega el siguiente de 84, sirvió Martín Alfonso en la entraba y traba que le hicieron en la Hoya de Málaga y lugares de ella el Maestre de Santiago, el Marqués de Cabra y Don Alonso de Aguilar.

Y después, al principio del año de 85, en compañía del Conde de Cabra su cuñado, y el Comendador Mayor de Castilla y otros caballeros capitanes de la gente de la Armada, la de Ubeda y Baeza, con Pedro Ruiz de Alarcón su Corregidor, entró personalmente Martín Alonso en la Vega de Granada y penetró personalmente hasta Sierra Nevada, saqueando los lugares de ella y lo que hallaron en el campo, y dando vuelta a la frontera, encontrados y seguidos por infinidad de moros de a pie y de a caballo, con el Rey Albohacem, pelearon tan valerosamente los nuestros que conservando parte de esta presa, salieron de la tierra enemiga sin daño, que fue la hazaña célebre en aquella era.

Sirvió personalmente acompañando al Rey Católico nuestro Martín

Alonso en la toma de Coin y Cártama y otros lugares vecinos de los Valles de Santa María y Cártama y en la de las ciudades de Ronda y Marbella, señalándose bien donde quiera por valeroso y valiente caballero.

Hallóse después en septiembre de este año con su cuñado el Conde de Cabra en el desbarato que sucedió al Conde y su gente sobre la Villa de Meelin y sin duda fuera mayor el daño de los nuestros a no hacer rostro y tener a raya a los moros vencedores juntos los dos cuñados.

El año 87 cercó el Rey las ciudades de Vélez-Málaga y Málaga, fuertes y fortalecidas por los moros, y al fin las ganó después de algunos meses de dura resistencia, y en esta jornada le sirvió muy bien, con los demás señores de Castilla y Andalucía y otros que acudieron de Aragón, Valencia y Cataluña, Martín Alonso.

No hallo mención en las historias después de esto, y así pienso que debió de morir durando aún la guerra, pues al fin de ella hallo sirviendo a Alonso Fernández su hijo, con título de Señor de Alcaudete y Montemayor.

Fué casado Martín Alfonso con Doña María Carrillo (díjose arriba) hija de don Diego Fernández de Córdoba, primer conde de Cabra, que erradamente llama el Doctor Reyes de Castro.

Tuvieron por hijos a don Alfonso Fernández de Córdoba y Montemayor, a Martín Alonso de Montemayor y Córdoba, a Pedro Carrillo de Córdoba, a Luis Ponce de León, a Doña Francisca Carrillo y a Doña Beatriz Carrillo.

Heredó la Casa Don Alonso Fernández de Montemayor.

Martín Alonso de Córdoba no sé qué estado tuvo.

Pedro Carrillo de Córdoba casó con Doña Leonor Manrique, hermana, a lo que dice Alonso López de Haro, de Doña María Manrique, mujer del Gran Capitán, de quien tuvo por hija a Doña Elvira Carrillo y Córdoba, mujer de Don Bernardino de Mendoza, hijo tercero de Don Iñigo López de Mendoza, primer Marqués de Mondéjar y segundo Conde de Tendilla y de la Marquesa--Condesa Doña Francisca Pacheco su mujer.

(Era Doña Leonor Manrique hermana de Doña María, mujer del Gran Capitán, y de Doña Francisca, mujer de Don Luis de Portocarrero, Señor de Palma, todas tres hijas de Don Fadrique Manrique y de Doña Beatriz de Figueroa, nieta del Adelantado de León, don Pedro Manrique y Doña Leonor de Castilla).

Fué Don Bernardino de Mendoza, Capitán General de las Galeras de España y Contador mayor de los Consejos de Estado y Guerra, y tu-

vieron por hijos a Don Juan de Mendoza, que sucedió en la casa, a Don Antonio, que murió en Roma, a Doña Catalina, mujer de Don Luis Hurtado de Mendoza, su sobrino, cuarto Marqués de Mondéjar, sin sucesión, a Doña Beatriz, mujer de Don Ximen Pérez Ruiz de Cornellá, Conde de Conceitana (Cocentaina), a Doña Gerónima de la Cerda y Mendoza, mujer de Don Baltasar de la Cerda y Mendoza, primer Conde de Galve, de quien hoy no hay sucesión, y a Doña Leonor, y a Doña María, monjas en Santa Isabel, la Diócesis de Granada.

Don Juan de Mendoza, primogénito de Don Bernardino y Doña María Carrillo, fue General de las Galeras de España, Comendador de Mérida y Alcaide de Cartagena, murió ahogado en La Herradura, dando al través las galeras con un temporal deshecho, año de 1562. Casó con Doña Juana de Cárdenas, hija de Don Gutierre de Cárdenas, Comendador de Oreja y de Doña Mencía Carrillo de Albornoz, su mujer, Señores de Torralba y Beteta, y en ella tuvo hijos a don Bernardino de Mendoza, que sucedió en su Casa, y a Doña Elvira de Mendoza, que casó con Don Gómez de Guzmán, Señor de Fuentes, sin hijos, y segunda vez con Don Luis de la Cueva y Benavides, segundo Señor de Vedmar, y dejó del por hijos a Don Juan de la Cueva y Mendoza, primer Marqués de Vedmar, que renunció el Estado y es hoy Cardenal de Santa Iglesia de Roma, y sus heermanos que han sido muchos, de uno y otro sexo, grandes caballeros y señores, y por hija natural tuvo Don Juan de Mendoza a Doña Francisca de Mendoza, mujer de Don Alonso Maza Alguacil, mayor de Granada, cuya Casa posee hoy Don Alonso Maza su hijo.

Don Bernardino de Mendoza, hijo de Don Juan de Mendoza y Doña Juana de Cárdenas, sucedió a su padre en la Encomienda de Mérida y Alcaldía de Cartagena, murió muy mozo, casado con Doña Leonor María de la Vega, hija de Don Antonio Portocarrero de la Moncloa, en quien dejó por hija a Doña Sancha de Mendoza, sucesora de su casa, que casó con don Francisco Centurión, hijo segundo del Marqués de Estepa Marqués hoy de Armuña y Señor de Albendín, que tienen por hija a Doña Leonor de Mendoza y Córdoba.

Luis Ponce de León y Córdoba (de quien Juan de Carasa Zapico pone por hijo tercero de Martín Alonso, y por el consiguiente por hermano mayor de Pedro Carrillo, al contrario de algunos autores de Nobiliarios, y pienso que con razón, porque como natural de Córdoba tenía más noticia que otros escritores que no lo son), casó con Doña Aldonza de las Infantas, hija única de Luis de las Infantas de Doña María Carrillo su mujer y nieta de Alonso de las Infantas y de Doña Aldonza de Cór-

dova, linajes nobilísimos de aquella ciudad, como queda dicho arriba. Tuvieron hijos Luis Ponce y Doña Aldonza, a Don Martín de Córdoba, que casó con Doña Ana de Hoces, que les sucedió en el Señorío, mujer de Don Alonso de Córdoba, Señor de Armuña, hijo de Don Francisco Pacheco, hijo segundo de Don Alonso de Aguilar, y murió sin sucesión y tuvieron más los referidos Luis Ponce y Doña Aldonza, por hijos a Andrés Ponce de León, y a Doña Beatriz Carrillo, mujer de Don Alonso Fernández de Córdoba, Señor de Zueros.

Andrés Ponce de León casó con Doña Gregoria Portocarrero, en Ecija, y tuvieron por hijo mayor a Don Luis Ponce de Córdoba, que casó con Doña Elvira de Córdoba, Señora de Zuheros, de quien dejó por hijo a Don Luis de Córdoba Ponce de León, que murió antes de heredar de su madre. Dejó hijos en Doña Felipa Venegas de Córdoba su mujer, a Don Luis de Córdoba Ponce de León, Señor de Zueros, y a Doña Elvira de Córdoba su hermana, de quien se ha tratado ya en las Casas de Baena y Comares.

Doña Francisca Carrillo, hija de Martín Alonso y de Doña María Carrillo su mujer, y hermana de los referidos, casó con Don Francisco Velasco, segundo Conde de Ziruela, y tuvieron por hija a Doña Leonor de Velasco, tercera Condesa, que casó con Don Cristóbal de la Cueva y Velasco, segundo hijo de Don Beltrán de la Cueva primer Duque de Alburquerque, de quien tuvieron por hijos a Don Juan de Velasco y de la Cueva, que sucedió en la Casa pero murió sin hijos, y a Don Gabriel, que sucedió a su hermano, y a Doña María Angela de Velasco, que casó con Don Diego López de Haro, primer Marqués del Carpio.

Don Gabriel de Velasco y de la Cueva, quinto Conde de la Ziruela, Caballero del Hábito de Santiago, casó con Doña Teresa de Zúñiga, hermana de Don Pedro de Zúñiga, primer Marqués de Aguilafuente, hijos ambos de Don Pedro de Zúñiga y de Doña Teresa de Zúñiga su mujer, Señores de aquel Estado, y tuvieron por hijos los Condes a Don Cristóbal de Velasco y de la Cueva, que como el mayor de sus hermanos, heredó en la Casa de sus Padres y fué sexto Conde, casado dos veces, la primera con Doña Ana de Torres y Medrano, Señora del Estado de Agoncillo, en quien tuvo por hijo a Don Gabriel de Velasco y de la Cueva. La segunda vez casó con Doña Isabel Manrique de Vargas, hija del Secretario Diego de Vargas, en quien tuvo hijos a don Francisco y a Don Antonio de Velasco y a Doña Ana Manrique, y otros.

Don Gabriel de Velasco, y de la Cueva, Señor de Agoncillo, primogénito del Conde Don Cristóbal, casó con doña Victoria Pacheco y Co-

lona, hija de Don Juan Pacheco, segundo Marqués de Cerralbo, y de la Marquesa Doña Inés de Toledo Colona su mujer, con quien tuvo hijos a Don Juan de Velasco y de la Cueva, sucesor a su padre y abuelo, a Don Gaspar, a Doña Ana María, a Doña María, a Doña Inés María de Velasco.

Hija última de Martín Alonso de Montemayor y de Doña María Carrillo su mujer, Señores de Alcaudete, fué Doña Beatriz Carrillo, y casó con Don Alonso de Los Ríos, Señor de la Villa de Fernán Núñez, de cuya nobleza conocidísima se ha tratado en este libro.

## CAPITULO VI

### **De Don Alonso Fernández de Córdoba y Montemayor, Señor de la Casa de Montemayor y V de Alcaudete**

Habiendo sucedido en la Casa de su padre y abuelo Don Alonso Fernández de Córdoba y Montemayor, sucedió también con sus obligaciones, y para cumplir con ellas, continuando los Reyes Católicos la conquista del Reino de Granada, fué personalmente a servirles con muy buena gente de criados y vasallos suyos de a pié y de a caballo, el año de 1491. Cuando se edificaba la Santa Fé, se hallaba con Sus Altezas, cuando gustaron de dar vista a Granada desde una aldea vecina a ella a mano izquierda del real,, estando en tanto el Duque de Escalona, el Conde de Ureña y Don Alonso de Aguilar, en escuadrón a la falda de la Sierra, y al resto de la Ciudad con los Condes de Cabra y Tendilla, nuestro Don Alonso Fernández, en orden de batalla cerca del Marqués de Cádiz, a quien ia Reina mandó que excusase cuanto pudiese la escaramuza con los moros, que ya amenazaban a salir al campo en grandes cuadrillas y con mucha lozanía, y con dos tiros gruesos que sacaron de la ciudad, tiraban a la parte del Marqués de Cádiz, el cual, aunque por obediencia a la Reina sufrió la carga, excusando la escaramuza hasta el mediodía, viendo al fin que los moros se desmandaban hasta su escuadrón, algunos caballeros, no pudiendo sin nota y daño excusarla más, salió con su batalla, aunque había hasta 10.500 lanzas, y el Conde de Tendilla con la suya, a la mano derecha del Duque, y por otro lado el Conde de Cabra y don Alonso Fernández de Montemayor (palabras son de Gerónimo Zurita) y fueron a dar en lor moros y los desbarataron y siguieron al alcance hasta las puertas de la ciudad, en que fueron muertos más de los moros y hubo muchos heridos, y dejaron los tiros que traian.

Hizo luego el Rey la penúltima tala a 8 de julio y recibieron en ello grande daño los moros, pues perdieron algunas torres y llegaron los nuestros más cerca de las puertas de la ciudad de lo que nunca hasta aquel día habían estado.

Luego a 10 lunes en la noche sucedió un incendio en la tienda de la Reina, que causó hasta turbación en el Real, creyéndose o temiéndose, a lo menos por entonces, que lo habían causado los moros, y creció de suerte que los Reyes hubieron de retirarse a otras tiendas, con la Infanta Doña Juana, y el Príncipe Don Juan, que estaba en otra tienda, lo sacó un escudero en camisa y le llevó a la instancia del Conde de Cabra, el cual con el recelo que los demás, que hubiese sido obra de los enemigos aquel desastre, se puso con toda su gente con la de su primo Don Alonso de Montemayor, en guarda del Príncipe, haciendo rostro a los moros porque estaban a la salida del Real, y luego se puso en armas todo el campo que recibiera daño, o se viera sin duda en riesgo de recibirle si los moros le acometieran durando el fuego, que al fin, en la diligencia de la gente, que acudió a remedialle, se atajó, habiendo quemado no pocas estancias y gran parte de la recámara real y de algunos señores.

Sin embargo de lo cual el día siguiente hizo el Rey la última tala, muy cerca de la ciudad, aunque con harta resistencia del enemigo, con lo que y con algunas correrías de los moros, el Rey Boabdali trató de entregar a Granada, como lo hizo debajo de algunas condiciones, entrando a 2 de enero del año siguiente de 1492.

Victoriosos los Reyes Católicos en Granada, vencidos y debelados los enemigos de Dios y nuestros y que con general daño de la Cristianidad habían tantos años poseído aquel reino y dando que hacer a España, que respiró y gozó de tranquilidad y paz con esta gloriosa conquista, pues aunque tumultuaron algunas veces después los moros y nos hicieron daño resuelto, siempre en mayor suyo, hasta que del todo fueron repelidos de todas las coronas reales, por la Magestad del Rey Don Felipe tercero, que hoy goza de gloria.

Granada cerró la escuela y heroísmo en que se ejercitaba la nobleza y milicia de España dentro de sus límites, causa para que, aún fuera de los de Italia, contradecía Escipión, con la ruína y disolución de Cartago en el Senado romano, y así nuestro Don Alonso Fernández se retiró a su estado y casa. Y no sé decir del más que casó con Doña María de Velasco, hija de Don Juan de Velasco, primer Conde de Siruela y de la Condesa Doña Leonor de Mendoza su mujer y heredera de Don Francisco de Velasco, segundo Conde de Siruela, casado (como se ha dicho) con Doña

María Carrillo, hermana del mismo Don Alonso Fernández, por donde parece casaron a trueque hermano y hermana con hermano y hermano, y tuvieron por hijos a Don Martín de Córdoba y Velasco, a Don Alonso de Córdoba y Don Pedro de Córdoba y doña María de Velasco.

Don Martín de Córdoba y Velasco sucedió en la casa de su padre. De Don Alonso y Don Pedro de Córdoba no sé otra cosa sino que Juan de Carasa Zapico en su Nobiliario los pone por hijos de nuestro Don Alonso Fernández de Córdoba.

Doña María de Velasco a quien unos dan el apellido de Córdoba y Cardona, casó con Don Francisco de Benavides, tercer Conde de Santisteban del Puerto, caudillo y capitán general del Obispado de Jaén, de quien tuvo hijos a Don Diego, que sucedió en la casa, a Don Francisco, a Fray Martín de Benavides, a Don Juan Pacheco de Benavides, Gobernador de Canarias, que en su primera mujer Doña María de Aranda, tuvo a Doña Beatriz Pacheco, que casó en Guadix con Miger Egidio de Bocanegra, y de su tercera mujer Doña Gerónima Zívico, nobilísima señora genovesa, tuvo a Don Julio Pacheco de Benavides y a Doña Fabiana Pacheco, y casó en Ubeda con Andrés Serrano, y dejó hijos a don Mendo de Benavides, que fué hijo quinto de los Condes, y murió Capitán de Infantería, a Don Alonso y a Doña María Pacheco de Benavides, que casó en Alcaraz con Diego Baca de Sotomayor, Caballero Mayorazgo, cuyo hijo fué Don Francisco Baca de Benavides, que le poseyó después, a Doña Juana, a doña Beatriz, hijas ocho y nueve, monjas.

Don Diego de Benavides, cuarto Conde de Santisteban del Puerto, Señor de las Navas y el Castellar, caudillo y Capitán General del Obispado de Jaén, casó con Doña María de Mexia, hija de Don Rodrigo Mexia Carrillo, y de Doña María Ponce de León, su mujer, Señores de la Guardia y Santofimia, y tuvieron por hijos a don Francisco, que le sucedió, a Don Rodrigo de Benavides, Caballero de grande valor, Capitán General de la gente de Guadix en el levantamiento de los moriscos del Reino de Granada, Camarero Mayor después del Señor Don Juan de Austria, a quien agradó y sirvió muy bien en la Batalla Naval de Lepanto, a Don Juan de Benavides, a Doña María de Benavides, que casó en Guadix con don Cristóbal de Benavides.

Don Francisco de Benavides, quinto Conde de Santisteban, caballero valeroso según dió manifiestas muestras en la rebelión de los moriscos de Granada y expugnación del Peñón de las Guaranís acompañó al marqués de Mondéjar. Casó con doña Isabel de la Cueva, Dama de la Serenísima Emperatriz Doña Isabel, Reina de España, Señora de la Villa de

Solera, hija de Don Juan de la Cueva, Señor de Solera, Comendador de Bedmar, y de Doña María Manuel su mujer, en quien tuvo hijos el Conde a Don Diego, sucesor de su casa, a Don Juan, que murió Capitán de Infantería, a Don Francisco de Benevides, de la Compañía de Jesús, a Don Rodrigo, del Hábito de Calatrava, soldado que murió mozo, a Don Alvaro de Benavides, Caballero del Hábito de Santiago y Comendador mayor de Montalván, en Aragón, del Consejo Real y de la Cámara de la Majestad de Felipe tercero que casó con doña María Bazán de Benavides, hija de don Manuel de Benavides y de Doña Catalina de Rojas y Sandoval, su mujer, Señores de Jabalquinto, tuvo hijos a Don Bernardo Francisco de Benavides, Caballero del Hábito de Calatrava, a Don Diego, a Don Manuel y a Doña Isabel.

Tuvieron más los Condes a Doña María Manuel de Benavides, segunda mujer de Don Alvaro Bazán, cuarto marqués de Santa Cruz, a Doña María y a Doña Juana, monjas en Ubeda, a Doña Beatriz Manuel y a Doña Ana de la Cueva, monjas en Santi Spiritus de Granada:

Don Diego de Benavides, sexto Conde de Santisteban, sirvió a la Majestad del Rey Don Felipe segundo en el socorro de Malta y en el levantamiento de los moriscos de Granada, acompañando a su padre. Casó con Doña Leonor de Toledo, hija de don Pedro de Avila, segundo Marqués de las Navas y de la Marquesa Doña Gerónima Henríquez su mujer. Fueron sus hijos Don Francisco de Benavides y de la Cueva que sucedió en la casa y Doña Isabel, que murió niña; y por hijo natural tuvo el Conde Don Diego a Don Diego de Benavides, Colegial del Colegio de Santa Cruz de Valladolid y después del Consejo de las Ordenes, con el hábito de Santiago y del de la general Inquisición, de donde fué promovido a la presidencia de la Real Cancillería de Granada, cargo en que hoy sirve a Su Majestad

Don Juan de Benavides y de la Cueva, séptimo Conde de Santisteban del Puerto, Señor de las Navas y el Castellar y de la Villa de Solera, en sucesión de su abuela Doña Isabel de la Cueva, Caballero del Hábito de Santiago y de la Cámara del Rey Nuestro Señor, a quien ha servido en varias jornadas con la satisfacción que piden sus obligaciones. Casó con Doña Brianda de Bazán y Benavides, su prima hermana, Dama de la Serenísima Reina Doña Margarita de Austria, que está en el cielo, hija de Don Alvaro Bazán y de Doña Marta Manuela de Benavides su mujer, Marqueses de Santa Cruz y Señores del Viso, en quien tiene hijos el Conde a Don Diego de Benavides y de la Cueva, primogénito y sucesor en su casa, caballero de grandes esperanzas, a Don Antonio de Bena-

vides, a Don Enrique de Benavides, Caballero del Hábito de San Juan, a Don Francisco de Benavides, a Doña Antonia de Benavides, Dama de Su Alteza la Señora Infanta, a Doña Luisa, a Doña María, a Doña Leonor, señoras de raras partes, dignas de la sangre de sus mayores.

### CAPITULO 7.º

De Don Martín Alonso de Córdoba y Velasco, primer Conde de Alcaudete, Señor de la Casa de Montemayor.

Continuando los servicios de sus pasados, Don Martín Alonso, ya Señor de su casa, sirvió a la Cesárea y Católica Majestad del Emperador Carlos Quinto, Rey de España, en muchas ocasiones de paz y guerra, porque mereció la merced que su Majestad le hizo de título de Conde de Alcaudete, abriendo puerta a otras muchas a que su valor y prudencia daban motivo, como fué el cargo que le dió de Virrey de Navarra, de confianza suma siempre y mayor entonces respecto a las pretensiones que aquel Reino tenía Enrique de la Brid, cuya casa fué y estaba desojada del por el Rey Católico Don Fernando, fomentadas con buenas esperanzas de ayuda, para efecto de recobrarle, por el Rey Francisco de Francia, con cuya hermana Margarita de Valois estaba casado Don Enrique

Portóse tan bien en ste oficio el Conde, teniendo tan a punto la milicia de aquel Reino y tan fortificadas las entradas del por la parte de Bearn y de Francia, que el enemigo, destituido de ajenas fuerzas, no se atrevió con las propias, a mover guerra, sin entrarle.

Satisfecho el Emperador de la puntualidad y valor del Conde el año de 1535, en que amenazaban a las fronteras cristianas las armas turquescas, le encargó la de Orán, plaza importantísima para tener a freno la morisma africana del Rey de Tremecén, nombrándole por su Gobernador de aquella ciudad y Capitán General de referido reino, donde mostró bien el Conde la grandeza y generosidad de su ánimo en varias ocasiones, reencuentros y cabalgadas que ganó de los moros convecinos de guerra, atemorizándolos de manera que obligó al Rey de Tremecén, Muley Abdalá, a instancia de su Alfaqui, para seguridad de su secta y reino, a procurar la amistad de Barbarroja, tirano de Túnez, que le prometió su ayuda y del turco, si le reconocía vasallaje y negaba el que su hermano Albuemen o Beamu juró y mantuvo mientras vivió a la Corona de Castilla, con cuyas armas, gobernadas del Marqués de Comares, había sido restituído en aquel reino, que le tenía usurpado Aruch Barbarroja, her-

mano mayor del Cherif que entonces reinaba en Argel, ofensa que no pudo tomar venganza el Conde respecto de las encendidas guerras que tanto tiempo había se continuaban contra Francia y España, ocupándose en ellas la gente y dineros de estos reinos, pero con gente ordinaria de Orán le daba a entender bien a menudo al de Tremecén estragándole y revocándole la tierra, que mal aconsejado había sido en sustraerse de la obediencia del Emperador, el cual habiendo mandado dos convocatorias para tener Cortes Generales en Toledo, año de 1538, y llamar a todos los Grandes, Señores y titulados de Castilla, y obligó a nuestro Conde a hallarse en ellas (Fray Prudencio en la Historia del Emperador Carlos V, 2.<sup>a</sup> parte, Libro 24, ss. 5), y si bien el Conde y los demás señores y caballeros, es cierto desearían servir a sus dueños y acudir a sus necesidades, como no se acordaron en el medio que se les proponía y le negaron el servicio de la Sisa, el Emperador con no poco sentimiento disolvió las Cortes, que fueron y serán las más memorables de España, respecto de haber sido las últimas en que concurrieron los tres Estados o brazos de estos Reinos de Castilla y León, pues desde entonces acá no han sido llamados los prelados ni los Señores, sino los Procuradores de las ciudades solos.

Volvió a su plaza de Orán el Conde, y muriendo entretanto Muley Abdalá, Rey de Túnez, Tremecén, dejó tres hijos, Abu Abdalá, primogénito, que otros llaman Babdila, y a Hamete Buceyan el segundo, y otro menor. Hallábase a la sazón en Argel, Hamet, y así puso por Rey Barbarroja, imaginando por este camino tener entrada en Tremecén, y el nuevo rey juró vasallaje, como su padre, al gran señor, viéndose, pues, Abu Abdalá excluido del reino paterno. Acudió a la Majestad del Emperador a suplicarle se sirviese de favorecerle contra el tirano que había usurpado su reino. Ofrecióle el vasallaje y tributo que Alahume su tío le pagaba y reconocía. Remitióle el Emperador al Conde Don Martín a quien envió a mandar le diese alguna gente para que en compañía de la que el moro tenía consigo, le acompañase y pusiese en Tremecén.

Dió el Conde seiscientos infantes y por cabo de ellos al Capitán Don Alonso Martínez de Angulo, el que saliendo de Orán año de 1541 con su gente y la del Abdalá que sería cuatrocientos de a caballo y cuatro piezas de artillería, caminó la vuelta de Tremecén, con esperanzas de que se le juntaría mucha gente del bando de Abdalá, pero saliéronle vanas, porque sabiendo la venida de su hermano el Rey Hamet, envió a Almanzor, su Mezuar (cargo como queda dicho el primero del Rey) Alcaide de Veniarax y persona de valor a que solicitase en su favor todos los

pueblos de alarbes y bereberes y no les consintiera ir en favor de su hermano, diligencia que bien ejecutada por Almanzor valió tanto, que ninguno o poquísimos se asentaron con los cristanos, de los que algunos prudentes, temiéndose de trato doble, pues le faltaba el socorro tan aseverado, quisieron que Alonso Martínez diera la vuelta a Orán, sin arrojarse con tan poca gente a empresa tan grande, pero él, más animoso que cauto, diciendo que la casa de Alcaudete no había de volver atrás, marchando en buena orden, llegó en tres alojamientos al río Jibela y a los Baños del mismo nombre, distantes cinco leguas de Tremecén, sin descubrir moro de guerra, guardando éstos el orden de Almanzor de que ninguno estorbase a los cristianos la entrada, hasta tenerles la tierra adentro, pero sabiendo ya lo estaban, envió sobre ellos innumerable gente, así de alarbes como de los de Tremecén, que escaramuzando y cargando bravamente a los nuestros, les obligaron a recogerse a unos corrales caídos y hacer reparo de ellos contra la caballería enemiga, cogiendo consigo a los moros de paz que llevaban, pero éstos impacientes de verse cercados, poco a poco se fueron escapando y dejando a los nuestros, alguno de los cuales aconsejaban a Alonso Martínez se metiese en Jibela, villa cercada amiga y bien proveída de trigo, cebada y aceite, y allí esperar el socorro de Orán, pero él se arrimó a peor consejo y envió un judío que tenía consigo a pedir a Almanzor que le dejase volver seguramente con su gente a Orán.

Sintió el moro su flaqueza y luego vino a Tibda con todos sus alarbes y bereberes de Veniarax y so calor de tratar de concierto, entraron de golpe los reparos de los nuestros y los tomaron y cautivaron todos sin escapar, sino solo veinte que habían ídose del campo secretamente la vuelta a Orán, antes que llegase Almanzor. Entre los cautivos fué Alonso Martínez de Angulo, a quien llevaron a Tremecén, alegres de tan insigne victoria. Así refiere este suceso Luis del Mármol (con su Africa, vol. 2, libro 5, cap. 11), y prosiguiendo los sucesos del reino de Tremecén, dice: Que después de esta rota de Tibda, Abdalá volvió a suplicar al Emperador le favoreciese con nuevo y más poderoso ejército, para recobrar el reino de Tremecén, y que lo alcanzó por medio del Conde de Alcaudete, a quien el Emperador mandó fuese en persona a aquella jornada con las prevenciones necesarias, y apoderándose de aquella ciudad la entregase a Abu Abdalá, que héchose vasallo suyo; y que habiéndose juntado cantidad de municiones y bastimentos y otras cosas necesarios, y, levantándose mucha gente de a pié y alguna de a caballo en Andalucía, el Conde partió de Orán con noventa infantes y cuatrocientos caballos año del Se-

ñor de 1544, llevando en su compañía a sus tres hijos, Don Alonso, Don Martín y Don Francisco, y con toda esta gente de buen orden, caminó a la vuelta de Tremecen, y que por otra parte Hamete Buceyen, juntó el poder de los alarbes y bereberes, y con ellos y con la gente de la ciudad, mandó al Mexuar Almanzor, que era su suegro, saliese a dar batalla al Conde, el cual salió a esperarle, asentó su campo a dos leguas de Tremecen.

Pero tengo autores fidedignos que asignan bien diferente ocasión a esta jornada personal del Conde contra el Rey de Tremecen, Hamet, afirmando que este Rey, habiendo reconocido vasallaje y por superior a Hasan Ago, Rey de Argel, o cansado de la tiranía de los turcos, o siguiendo la condición o natural constante y poca firmeza de los moros, se hizo vasallo del Emperador Rey de España, lo que sabido por Hasan Ago, indignado, salió de Argel con cuarenta turcos arcabuceros, sesenta moros de a caballo y cuarenta de a pie y diez piezas de artillería la vuelta a Tremecen, con ánimo de castigar al Rey, que sabiendo su venida, Hamet le envió con algunos moros principales un rico presente, y a decir que le había engañado quien le había dicho haber él apartádose de su amistad y de la obediencia de Gran Señor, que el hacer paz y amistad con el Rey de Cristianos no fué por desconfianza que tuvo de la ayuda de sus turcos, sino porque teniendo tan vecino al Conde de Alcaudete, general de Orán, hombre belicoso, no se aseguraba del, y por excusar guerras y gastos, había hecho con él paz, sin embargo de lo cual, haría lo que él ordenase y rompería la paz si gustaba.

Con esta embajada se templó la indignación de Hasan, pero con todo quiso llegar a Tremecen, donde fue del Rey y de los vecinos acariciado y regalado y su ejército bien proveido, y al fin, habiendo recibido otros grandes presentes, determinó Hasan dar la vuelta a Argel y dejar por Rey de Tremecen a Hamet y habiéndole hecho jurar de nuevo de ser siempre leal al Turco y no tener amistad ni paz con cristianos, ni guardar la prometida al Emperador, y puesto en ejecución lo tratado, volvió Hasan con su campo a Argel. Que avisado el Conde Don Martín de esto, lo sintió grandemente, por haber sido intercesor con el Emperador para que le recibiese a Muley Hasan debajo de su amparo y obediencia, de que habiéndose apartado el moro, resultaba su inconstancia en afrenta suya, pues le hacía, según él, caer en falta con el Emperador, y así, indignado y corrido, pidió licencia para pasar a España, y en ella la pidió y obtuvo del Emperador para levantar gente a su costa propia, para castigar al moro, afirmando que pues a él solo se le había hecho el agravio, él solo de-

bía vengarlo, y levantó un campo de cien hombres en España, y con esta gente y las municiones y pertrechos necesarios, pasó a Orán, y salió a buscar al Rey de Tremecen.

Esto dicen algunos autores, en que, aunque van diferentes de Mármol, no le son verdaderamente contrarios, pues pudo ver (aunque calle Mármol), que después de la rota de Tibda, Muley Hamet, o ya temeroso de la venganza, o ya como queda dicho de la insolencia turquesca, o tirado de la libertad africana, tratase de hacerse vasallo del Emperador y lo obtuviese por medio como cosa que le tornaba a cuento a la cristiandad y a la seguridad de Orán, y después Hasan Aga hiciese lo que hizo y por temor del rompiese la fé dada al Emperador y al Conde, Muley Hamet, y que aprovechándose de la indignación del Conde y oportunando de cobrar su reino por medio de nuestras armas, pidiese Abu Abdalá al Emperador favor para ser restituido en su reino de que estaba despojado, haciéndose su vasallo, y el Emperador mandase al Conde, que muchos días antes le habían cogido fugitivo y sustentado en Orán y lo repusiesen en su Estado.

Lo que me consta es que el Conde, con magnanimidad generosa (poco vista en capitán que haya tirado gajes de príncipe) pidió licencia para hacer aquella jornada a su costa. Lo alcanzó, empeñando en grandes cantidades de maravedises su Estado, sin haberle de resultar otro útil a él, que la gloria del vencimiento y el gusto de haber castigado a un rey fedifrago, pues el pro había de ser para el Emperador y para Muley Abu Abdalá. Y lo que asimismo es cierto, contra Mármol, que esta jornada no fue año de 1544, sino de 43. El cual, al primero de febrero, subió el Conde de Orán con su ejército, que era de ocho mil infantes y doscientos caballos, acompañado, no de todos sus hijos, como dice Mármol, sino de los dos de ellos, Don Alonso al mayor, y Don Francisco el menor, porque Don Martín, quedándose en la ciudad por teniente de general, y demás de sus hijos, de algunos caballeros, deudos y criados de su casa. Llevaba parte de la gente los bastimentos a costas por falta de bagajes, y caminando con buen orden la vuelta de Tremecen, tuvo diversos reencuentros con muchas tropas de moros, que le salieron a estorbar el camino, en los pasos de los ríos en particular, y en otros que había embarazosos para la infantería, llegando así a tener justa batalla el día de Nuestra Señora de la Candelaria; pero al fin, ahuyentados los enemigos, llegó al campo, a cinco de febrero, día de Santa Agueda, a dos leguas de Tremecen. Salió de ella el Rey Muley Hamet con el mayor número que había podido juntar de gente de a caballo y a pie, alarbes, bereberes y ciu-

dadasos. Hay quien le llega a ciento cincuenta mil, afirmando que así lo decían los mismos moros, y que se veían aquel día los llanos, los cerros y los valles cubiertos de ellos y de sus banderas y estandartes, muy apiñados. Muchos serían sin duda, porque para jornada prevista ya, y contra cristianos, voluntariamente acuden los moros, juzgándola por meritoria para sus almas, y esta tenía además la defensa de sus casas, mujeres y hijos.

Iba por capitán general de esta gente el Mexuar Almanzor, animoso, experto en guerra, vencedor y suegro de Muley Hamet.

Viendo el Conde los enemigos que procuraban con su mucha caballería cogerle en medio, hizo con su infantería dos escuadrones iguales de a 3.500 hombres cada uno, y el uno puso a vanguardia y el otro de retaguardia, y entre ambos el carruaje, los caballos a un lado y con ellos alguna gente suelta de Orán, y a los costados de los escuadrones dos mangas de cada quinientos arcabuceros, un poco desviados de ellos.

La vanguardia tomó para sí y mandó fuesen en ella a Don Alonso y su hijo, y sus primos Don Martín de Córdoba y Diego Ponce de León, y a Don Juan Pacheco y a Don Juan de la Cueva, Alonso Fernández de Montemayor, hijo de Diego Ponce de León, y Juan Ponce su hermano, Don Juan de Villarroel y otros.

El escuadrón de la retaguardia, encargado a Don Francisco, su hijo, acompañado también de algunos caballeros y soldados de honra, mandó que ningún soldado se desmandase a escaramuzar, so pena de la vida, ni se disparase arcabuz hasta que se diese señal de la batalla, y con este orden hizo alto y esperó el mantenimiento de los moros, los cuales capitaneados de su caudillo Almanzor, que les tenía dado orden acometiesen por todas partes a los cristianos, llegaron como suelen de tropel sobre los nuestros, pensando desordenarlos, mas llegando cerca de nuestra gente, dió el Conde señal de batalla, tocando los instrumentos de guerra y al mismo tiempo la arcabucería cristiana, principalmente la que guarnecía los escuadrones disparó, y les dió tal carga a los moros que cayendo muchos de ellos muertos, hubieron de perder el orgullo y confianza que tenían y volver las riendas a los caballos huyendo los más. Algunos hicieron rostro, a los cuales acometió el primero Diego Ponce, y derribando muerto a un moro que traía un estandarte de los del rey, por poco lo quedara él, herido de una lanzada en la pierna, y pasado de otra su caballo; y casi la misma suerte corrió Don Martín de Córdoba, habiendo muerto otro moro con otro estandarte y siéndole muerto el caballo, pero fueron socorridos ambos y retirado Diego Ponce, portando valerosísima-

mente todos los caballeros de la casa del Conde y que le acompañaban. Juntáronse de nuevo los moros y volvieron a acometer, pero no tan denodadamente, aunque con poco menor pérdida, porque animados los nuestros con las muertes ejecutadas en los enemigos, y con verles menos animosos, y a su capitán el Conde, que en un caballo rucio discurría por el campo, la espada en la mano, hiriendo a todas partes y derribando y ahuyentando moros, cobraron mayor esfuerzo, y haciendo notable estrago en los que se les oponían, hicieron volver las espaldas a todos, procurando cada cual salvarse. No holgaba entonces la retaguardia, porque los moros, como eran tantos y habían procurado y podido ceñir en torno a los moros, acometieron el escuadrón de Don Francisco con su algazara y furia ordinaria, pero fueles nada mejor, pues haciéndoles rostro valerosamente Don Francisco de Córdoba y los suyos derribando, él mismo, con su mano, muertos algunos, hubieron al fin de seguir el ejemplo de los compañeros, aunque tardaron más en desbaratarse, y así murieron allí más, porque cargó sobre ellos la gente vencedora de la vanguardia y desembarazada de estorbo de contrarios.

Con esto alcanzó el Conde una ilustre victoria y ejecutándola pasó adelante, peleando a veces con tropas que se le oponían hasta un reparo de un fuertecillo que Almanzor tenía hecho en el campo, de fagina, tierra y serones, donde tenía alguna cantidad de bastimentos y muchas botijas de agua para refresco de su gente, el cual, ganado por los nuestros, le dió alojamiento aquella noche con cena y bebida.

Al día siguiente por la mañana partió el Conde de aquel alojamiento con la gente bien recogida, ninguno de la cual osaba desmandarse ni romper sus órdenes, temiendo la severidad con que ejecutaba las penas en los transgresores, a fuer de buen capitán.

Llegó a las puertas de Tremecén y avisado de que el rey Muley Hamet, habiendo atosigado los pozos con trigo y otras cosas, desamparado de la mayor parte de su gente, que siguiendo la fortuna del vencedor había dejádole y pasádose a su hermano Abu Abdalá, había huido de la ciudad (Jornada de Tremecén, jornada 1.<sup>a</sup>, capítulo 3.<sup>o</sup>), entró en ella el Conde, y como enemiga la hizo saquear y robar, matando y cautivando cuanta gente había en ella, y ganando los soldados riquísimo despojo en dinero, joyas y mercancías, especialmente de las casas de los judíos, que las había en aquella ciudad muy ricas, y lo era toda ella como cabeza del reino y ciudad tan antigua, conocido de Ptolomeo con nombre de Timur, y dicha de los africanos Tilimecén, distante siete leguas del Mar Mediterráneo sardo, edificada en agradable sitio, y llano como toda la tierra

en su redor, con buenas calles y plazas, y las tiendas de mercaderes y oficiales puestas en buen orden, no de costosos edificios, pero de muchas y bien labradas mezquitas, y bien dotados cinco principales colegios de hermosa fábrica, edificados por diversos reyes de los Cenetes, y cada cual con buen situado para el sustento de algunos colegiales que aprenden allí de maestros que les leen ciencias naturales y de su secta.

Hay muchos baños y muchos mesones y muchas fuentes por toda la ciudad, que todas proceden de la que llaman Fonosa, cuya agua viene de los desiertos de Numidia por debajo de tierra, cosa de no pequeña maravilla, encañada treinta leguas.

Los muros de esta ciudad son altos, fuertes, hermosos, muy torreador al redor, con cinco puertas principales para la salida al campo. Fuera de ellos a la parte de mediodía está el palacio real, cercado a modo de fortaleza, con dos puertas, y dentro de esta cerca hay otros palacios menores, con sus jardines y fuentes y muchas huertas, olivares y molinos al redor de la ciudad.

Saqueando pues la ciudad, cuyo rico despojo alargó la generosidad del Conde a los capitanes y soldados, el rey Muley Abu Abdalá se metió en el castillo y para mejor establecer su estado, tomó por mujeres algunas hijas de alcaides y jeques principales y en especial una del Alcaide Hacen, renegado vizcaíno, hombre valiente por su persona y que siendo capitán de su hermano Hamet, se había pasado a él con mucha gente.

Detúvose el Conde cuarenta días en Tremecén, saliendo muchas veces a correr la tierra su gente entretanto y trayendo considerables presas de esclavos y ganado, si bien un día dieron los moros sobre dos compañías que estaban de guarda en unos molinos y rompiéndolas y matando más de doscientos soldados, les ganaron las banderas, de lo que andaban haciendo ostentación por los lugares comarcanos, solicitando los alarbes y bereberes y se juntasen todos contra los cristianos, asegurándoles alcanzarían victoria de ellos, siendo el principal conmovedor de esta junta Hamet el desposeído.

Súpolo el Conde y habiéndole llegado orden del Emperador que acabada la empresa volviese luego a Orán, porque tenía necesidad de aquella gente, habiéndole hecho ratificar a Muley Abu Abdalá el juramento de fidelidad al Emperador y a la Corona de Castilla, le entregó la ciudad y fortaleza, y habiendo echado Bando que todos los soldados cristianos se recogiesen a sus banderas y estuviesen a punto de marchar. Informado de que algunos, o por flaqueza de ánimo o por conservar lo ganado, sin aventurarlo peleando, se fingían enfermos y recogían el bagaje, lo vi-

sitó en persona y lo mandó desvalijar al punto y acudir a su puesto.

Salió de Tremecén con todo su campo y nueve piezas de artillería de campaña que se hallaron en la casa de armas del Rey, cuatro de las cuales había ganado el Mexuar Almanzor al capitán Angulo en la rota de Jibela, y en buen orden, con sus batallas formadas, caminó la vuelta de Orán, pero no tan a su salvo que, cuando llegó a los olivares, poco distantes de la ciudad, los moros, que ya sabían su jornada, saliendo de entre ellos, no le acometieron, en grandísimo número (hay quien diga que fué mayor que a la venida, pero Mármol confiesa que fueron más de 100.000, acudiendo de todo el reino y con mayor indignación y deseo de venganza, como quien había recibido mayores daños que en la primera batalla), y no se les opusieron al paso, sino dejando pasar los escuadrones de la vanguardia y la batalla, dieron con grandísima furia contra la retaguardia, creyendo que por ser el camino estrecho podrían mal los del anterior socorrer a este escuadrón, pero los nuestros, caminando cautamente les recibieron con tan espesa rociada de arcabucería y disparada de tan cerca, que apenas salió tiro en vano sin que costase vida de moro, pero con todo lo pasaron mal los nuestros respecto de la muchedumbre de enemigos, a no valerse de artillería, que revolviéndola contra los orgullosos moros, hizo grande estrago en ellos, y que diesen lugar a que los nuestros prosiguiesen su camino, si bien a poco rato volvían a darles carga a los nuestros los contrarios y eran recibidos como primero. De esta suerte caminaron gran espacio de tiempo y tierra hasta salir de los callejones de los olivares a más de una hora de la noche y en llegando a lo raso dejaron de seguir a nuestro campo, acobardados y hostigados del daño que habían recibido, y recelándole mayor, en pudiendo los nuestros juntarse.

Es fama que murieron aquel día muchísimos moros y sin duda cierta, pues en lo angosto ninguna vez se disparaba el artillería, que dejase de despachar grande número de los moros, que venían apiñados.

Libres del embarazo pasado, prosiguieron los nuestros sin otro alguno hasta Orán, donde fueron alegremente recibidos de Don Martín, hijo del Conde.

No reposaba el belicoso corazón de este Caballero sino entre las armas, profesión adecuada a su persona, determinó hacer jornada contra Mostagan, antigua ciudad del Reino de Tremecén, catorce leguas al levante de Orán, en la costa del Mar Mediterráneo Sardoo, y para este efecto, vacando la mayor parte de ejército que tenía en Orán, sería hasta sesenta infantes y algunos pocos caballos, marchó con ella la vuelta de Mostagan.

No se les encubrió a los moros el designio del Conde y apellidándose contra él toda la tierra, y solicitado el favor de los turcos, al tiempo que los nuestros llegaban cerca de Mazagran, ciudad pequeña apartada del mar media legua y trece de Orán, se descubrieron grandes escuadrones de infantería y caballería morisca que ocupaban los campos y laderas de las sierras en torno, acompañados de turcos que los guiaban, si bien no muchos en número, pues habían venido en solo siete embarcaciones, entre galeras y galeotas, pero valientes y árdidos para cualquiera empresa.

No recelaban encuentro y topadero tan grande los nuestros y en lugar donde sin mucho riesgo no podían pelear con los adversarios, y así, haciendo alto y practicando lo que convenía en aquel caso hacer, se resolvió que aquella noche se retirasen para que, por lo menos, cuando amaneciese, hubiese ocupado sitio apropiado para poder defenderse sin padecer la ofensa que podían en el que estaban.

Luego que anocheció, conforme a lo que habían resuelto, ejecutaron la retirada los nuestros con el silencio posible, pero al fin fueron sentidos del enemigo y acometidos con tanto griterío y fuegos que era de espanto, a caer en los corazones de los cristianos, que libres del cerrado y en buen orden fueron marchando por el camino que habían traído, abriéndole tal vez con las armas y haciendo rostro muy a menudo a los que más les apretaban y se les acercaban, y porque se entendiesen y guardasen mejor las órdenes de quien dependía la conservación común, respecto que si se dieran de palabra fuera imposible el pasar ésta y percibirse en medio de la gran algazara de los moros, o ellos sabrían nuestros designios, se ordenó con buen acuerdo que cuando la retroguardia que era la más infestada, tuviese necesidad de hacer alto, levantase arriba unas hachas encendidas que llevaban, por tres veces, que vistas por la vanguardia, hiciese otro tanto y parase, con lo que no se dividirían, sino estaban juntos para socorrerse en caso de necesidad, cosa de harto momento.

Amaneció en tanto, poco más de una legua de donde habían partido los nuestros. que se hallaban en unos arenales cerca de la mar y amenazados de nuevo peligro, porque desde las galeras y galeotas de los turcos, que estaban vecinas, les comenzaron a cañonear con gran furia, que causó más espanto que daño.

Remedió uno y otro el Conde con hacer asestar la artillería a los bajeles, y él mismo, poniendo la puntería de un cañón llamado "el salvaje", lo disparó contra una galera y con acierto tal que maltratándola casi la hizo ir a pique, y aterrorizó de tal manera las demás que se apartaron, dejando la playa libre y pelear los de tierra.

Eran los enemigos en cantidad grandísima, como queda dicho, pues hay quien afirma por confesión de Almanzor el Mexuar, su general, que había quince mil de a pie y más de tres mil de a caballo, y así se sucedían de refresco unos a otros, siendo siempre unos mismos los cristianos, fatigados de sed, por ser el camino arenales sin agua.

Sucedieron lances notables de guerra, uno fué rompernos el enemigo un escuadrón y socorrerlo el Conde, que se halló cerca, tan a tiempo que se tornó a rehacer; y otro, que yendo una manga de arcabuceros en seguimiento de unos moros de a pié, hacia un alto, estaba detrás del gran cantidad de caballería morisca escondida, esperando ocasión de un repentino asalto, y el Conde viendo todo, y no halló otro modo de esperar la pérdida de aquellos soldados, entró por el escuadrón de la retaguardia, diciendo a voces: Victoria, que vencen los nuestros, y con esto obligó a los soldados a volver los rostros y arremeter tras los arcabuceros que iban en alcance de los moros, con el fin de que, cuando la caballería suya, que estaba escondida, arremetiese, como lo hizo, hallasen aquellos soldaos, espaldas donde recuperar estratagema tan importante, que les valió no menos que la vida, pues cuando arremetieron los moros, hallaron todos los que no pensaban, ayuda a los cristianos y resistencia a los infieles, en quien la artillería hizo tanto estrago que fué maravillosa cosa.

Dos días tardó nuestro campo en llegar a Orán, y otros tantos con sus noches se peleó, con pequeñas intermisiones, venciendo los nuestros favorecidos de Dios, cinco batallas que les dió el enemigo, en quien fué roto varias veces, si bien por aquella nación no es perdida, como quiera que su ordenanza es arremeter y huir sin orden.

Al fin llegaron en medio de tanto trabajo y fatiga los nuestros en orden a Orán, aunque con pérdida de harta gente, siendo esta retirada celebrada por a par de milagrosa en aquella era, de los que bien sabían del arte militar, porque a no ser tan grande el valor y prudencia del Conde y tan bizarros y obedientes los ánimos de sus soldados, es cierto que perdieran todos.

Del Emperador Carlos Quinto, Máximo Fortísimo, se refiere que, dándole cuenta de esta jornada y del modo con que se habían retirado los muertos, dijo, como admirado: Y sin alemanes, pero nuestra nación, en la fortaleza, tolerancia y constancia, ninguna excede.

En tanto, los dos hermanos competidores del reino de Tremecén, Abdalá poseedor y Hamet desposeido, se dieron batallas en las que Hamet fué vencido y ahuyentado, pero volviendo victorioso a la ciudad, los vecinos de ella, que le aborrecían a título de amigo de los cristianos, y que con suma crueldad la había entregado en sus manos, le cerraron las puer-

tas y dijeron no le querían por señor, con obstinación tan grande que haciéndose sordos a las amenazas y ruegos de su rey y viendo él que con los de dentro comenzaban a dejar los de afuera, que había seguido y acompañado, volvió las riendas al caballo lamentándose de su ruin suerte y se fué solo con sesenta hombres a los desiertos, pensando favorecerse de algunos alárabes sus enemigos, los cuales naturalmente pérfidos, le quitaron a traición la vida.

Los de Tremecén pues, habiendo excluido a Muley Abdalá, enviaron a llamar a Muley Hamet, para recibirle por dueño.

Hallábase Hamet en la fortaleza de Bebiarax, con el Mexuar Almanzor su suegro y su tío, y viendo este prudente moro cuan mal podía establecerse el reino de Muley Hamet sin el favor o beneplácito al menos del Conde, envió a tratar con él que se viesen en el campo, por el efecto dicho.

Túvolo por bien el Conde y salió con dos mil hombres la vuelta de Abi Arax y entra fuerza y Orán se vieron y asentaron amistad, con la que Hamet acompañado de su suegro y de la más gente que pudo recoger caminó a Tremecén, donde alegremente fué recibido por Rey, y el Conde Don Martín dió vuelta a Orán no hallándose con gente bastante para volver a Tremecén.

Y sucediole a la venida una cosa bien de notar que apartándose de su campo con veinte moros de paz y cuarenta cristianos, inopinadamente se halló el camino ocupado de seiscientas lanzas enemigas y en parte tan rasa que sólo un olivo y unas cambroneras había donde recogerse, en cuyo sitio juntos, puestos del Conde espaldas con espaldas, aguardaron al enemigo, que con furia les embistió, arrojándoles las lanzas, pero ellos con las suyas y con tiros de arcabuz y ballesta les respondieron tan bien que derribaron muchos. Segundaron los moros la arremetida, volviéndoles a arrojar lanzas los que las tenían y los demás una recia lluvia de piedras que derribaron a los nuestros de los caballos, pero no sin daño suyo, pues un soldado solo que se decía Espinel, hirió treinta y tres moros con otras tantas jaras que tenía en su aljaba, y Juan Ponce de León y otros algunos de casa del Conde, viéndole y viéndose en tanto peligro, pelearon valerosamente y hicieron tanto daño en los enemigos que uno de ellos, acercándose más a la hueda de los nuestros, preguntó a voces: ¿Está ahí el Conde?, y habiéndose respondido por su mandato que sí, dijo el moro: pues decidle que se vaya con el diablo, que ni con pocos ni con muchos podemos vencer; y con esto se fueron ellos, y esta fué la batalla con nombre de la Delaceaun.

Celebraron harto los soldados aquel presidio, el Conde quedó allí aguardando su gente que comenzaba a descubrirse.

Alojaron alegres en el mismo lugar aquella noche y con las lanzas rotas de los enemigos guisaron la cena, por falta de otra leña.

Llegó a Orán el Conde otro día y habiéndole llevado, por mandato del Emperador, la más de la gente que traiga consigo para la defensa de Cerdeña, los capitanes Vasaen y Aguilar.

El Conde, pobre y empeñado, después de tantas victorias y despojos, tuvo la necesidad de dar la vuelta a su casa y vino a España, dejando el gobierno a Don Alonso su hijo.

Volvió a Orán el Conde, año de 45 por el otoño y en este tiempo el hermano menor del rey Hamet, con el favor del rey de Argel, en cuyas manos prometió vasallaje al turco, alcanzó el reino de Tremecén, en el que campeando y sacando dineros los turcos, quisieron dar la vista a Orán, y llegando al castillo, según costumbre, cada día, a hacer atajo o descubrimiento de la tierra y entonces los turcos salieron a ellos y mataron dos y hicieron lo mismo de los demás, que aunque pelearon bien, no se pudieron retirar al castillo si la artillería no les defendiera, y el salir al punto, el Conde, al rebato, con quinientos infantes y ochenta caballos; y en saliendo, vino del un renegado y le aseguró que no era más gente que la que se descubría, pero era número desigualísimo el de los nuestros, porque traían los turcos un ciento de caballos y otros tantos alarbes, todos los cuales caminaban ya hacia la atalaya que llaman de los Vec.<sup>s</sup> (en abreviatura), llevándonos ventaja no sólo en el número, pero en el sol, que al salir, daba en los ojos a los nuestros y para evitarlo el Conde dió vuelta sobre la mano derecha.

Los turcos viéndose seguir de tan poca gente,, revolvieron contra ellos los estandartes, y llegando cuanto un tiro de ballesta, Diego Ponce, a cuyo cargo iban los caballos, púsolos en orden, y diciendo con alegre semblante "presago del buen suceso al Conde, el Señor Santiago", arremetió de los turcos, que estaban en batalla, con tanto denuedo, que, desbaratados volvieron las riendas huyendo, con pérdida de algunos estandartes y de los instrumentos con que venían tocando.

Siguióse el alcance un cuarto de legua, y desordenándose en él nuestros caballos, un capitán de alarbes, hombre práctico y animoso, comenzó afrentar los moros y exhortándolos a que volviesen sobre los nuestros y gozasen de la ocasión de vernos derramados; pero al mismo punto, un Juan de Miranda, arcabucero de a caballo, le tiró por mandado de Diego Ponce, y con tan venturoso acierto, que le derribó muerto del ca-

ballo y fué causa de que huyesen pavorosos a rienda suelta, y tan suelta que por presto que llegó el Conde con la infantería y algunos de los caballos, ya no había con quien pelear.

Alabó mucho a Don Diego Ponce el Conde y victorioso con muchas cabezas de los enemigos y algunos cautivos, volvió a Orán con grandísima reputación, porque hasta allí, con la gente de la ciudad sola, no se había hecho fación semejante.

Sucedió esta jornada, víspera de San Martín, a diez de noviembre, y fué bastante a poner tanto miedo de nuestras armas en los ánimos de los moros de guerra, que Almanzor el Mexuar y su sobrino Muley Hamet, que ya estaban en paz, enviaron a pedir al Conde les enviase a'guna de su gente con que recobrase el reino de Tremecén.

Envió el Conde para el efecto al Capitán Navarrete, Alcaide de Mazalquivir, con algunos soldados, con ser pocos, capitaneando a los moros de Hamet y Almanzor, obligaron a salir de Tremecén al intruso rey, a la ciudad a abrir las puertas a Almanzor, y recibir por su rey a Hamet.

Detuviéronse poco en aquella ciudad los nuestros y con su vuelta a Orán.

Volvió a expeler el reino al rey Hamet, el rey intruso por los turcos con favor suyo, que el Asán Bajá, rey de Argel, hijo de Barbarroja, que le envió.

Viéndose de esta suerte desposeido Hamet, después de varia fortuna, trabajó y padeció hasta verse preso él y su suegro del rey de Bubdu, de quien habían querido valerse, entrándose por sus puertas, y en vez de esto fueron no solo presos, despojados con fé bárbara africana y obligados a libertarse por gruesa talla.

Determinó pedir socorro al Emperador y valerse para esto del Conde a quien vino Almanzor a ver, y acabó con él que pasase a España y suplicase al Emperador le favoreciese, como a su vasallo, enviando para esto junto con el Conde un moro principal por embajador, y ofreciendo pagar la gente que se le diese, y para seguridad de esto puso en Orán Almanzor dos hijos suyos en rehenes.

Pasó el Conde a España y suplicó al Emperador por licencia de levantar gente. Obtenida, levantó dos mil hombres en Andalucía y con los mil de ellos, embarcados en las galeras de Don Bernardino de Mendoza, pasó a Orán, dejando en Málaga los otros mil, para que pasasen en tres navíos de alto bordo y otros bajeles pequeños.

Llegó a Orán el Conde con estos mil hombres y con ochocientos de Orán, los ciento cincuenta de a caballo y el resto de a pie, fué sobre Ca-